



EXTRAS

SCOTT WESTERFELD

montena

EXTRAS

SCOTT WESTERFELD

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Extras*

Publicado por acuerdo con Simon Pulse, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Adaptación del diseño de la cubierta: Random House Mondadori / Judith Sendra

Diseño de la cubierta: Russell Gordon y Rodrigo Corral

Primera edición: enero de 2011

© 2007, Scott Westerfeld

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Matuca Fernández de Villavicencio, por la traducción

© 2007, Howard Pyle, por la fotografía de la cubierta

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-691-3

Depósito legal: NA.21-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GT 1 6 9 1 3

*A todos los que me escribieron para revelarme
la definición secreta de la palabra «trilogía»*

PRIMERA PARTE

MIRA ESTO

Todos vosotros decís que nos necesitáis. Tal vez sea así, pero no para ayudaros. Tenéis ayuda de sobra con los millones de mentes chispeantes que están a punto de desatarse, con el inminente despertar de todas las ciudades. Juntos os bastáis y os sobráis para cambiar el mundo sin nuestra ayuda. De ahora en adelante, David y yo estaremos aquí para interponernos en vuestro camino. Y es que la libertad implica destrucción.

TALLY YOUNGBLOOD

Fuga

—**M**oggle —susurró Aya—. ¿Estás despierta?
Algo se movió en la oscuridad. La pila de uniformes crujió como si debajo tuviera un animalillo desperezándose. Un bulto asomó por entre los pliegues de suave algodón y seda de araña y flotó hasta la cama de Aya. Unos objetivos diminutos le escrutaron la cara, curiosos y vigilantes, reflejando la luz estelar que se colaba por la ventana abierta.

Aya sonrió.

—¿Lista para ir a trabajar?

Moggle respondió encendiendo sus luces nocturnas.

—¡Ay! —Aya cerró los ojos de golpe—. ¡No hagas eso! ¡Es cegador!

Permaneció tendida otro instante, esperando a que los puntos desaparecieran de sus ojos. La aerocámara se le arrimó al hombro, arrepentida.

—No pasa nada, Moggle-chan —susurró—. Ojalá yo tuviera también visión infrarroja.

Mucha gente de su edad tenía visión infrarroja, pero los padres de Aya no veían la cirugía con buenos ojos. Les gustaba fingir que el mundo seguía anclado en los tiempos de la perfección, cuando la gen-

te tenía que esperar a cumplir los dieciséis para cambiar. Los ancianos podían ser unos ignorantes de la moda.

De modo que Aya tenía que cargar con su enorme nariz —decididamente fea— y su visión normal. Cuando se fue de casa para vivir en una residencia de estudiantes, sus padres le dieron permiso para implantarse una pantalla ocular y una antena de piel, mas solo para poder comunicarse con ella cuando les viniera en gana. Aun así, era mejor que nada. Dobló un dedo y la interfaz de la ciudad cobró vida, desplegándose ante sus ojos.

—Oh, oh —dijo a Moogle—. Es casi medianoche.

No recordaba haberse dormido, pero seguro que la fiesta de los tecnocerebros ya había empezado. A esas alturas debía de estar hasta los topes, con suficientes monos quirúrgicos y cabezas manga para que alguien reparara en una extra imperfecta.

Además, Aya Fuse dominaba el arte de ser invisible. Su rango facial daba fe de ello. Se mantenía inamovible en el margen de su visión: 451. 396.

Soltó un leve suspiro. En una ciudad de un millón de habitantes, no se podía ser más extra. Hacía casi dos años que tenía su propia fuente, había lanzado un reportaje genial hacía una semana y seguía siendo una completa desconocida.

Pero esa noche las cosas iban a cambiar.

—Vamos, Moogle —susurró, poniéndose en pie.

Una túnica gris descansaba en el suelo hecha un ovillo. Aya se la echó sobre el uniforme de la residencia y se la ató a la cintura antes de encaramarse al alféizar de la ventana. Colocándose de cara al cielo, sacó primero una pierna y luego la otra, muy despacio, notando el aire frío de la noche.

Mientras se ponía las pulseras protectoras contempló los cincuenta metros que la separaban del suelo.

—Esto sí es mareante.

Al menos no había monitores merodeando por abajo. Eso era lo mejor de tener una habitación en la planta trece, que nadie esperaba que escaparas por la ventana.

La luz de los focos del solar en construcción ubicado en el otro extremo de la ciudad se reflejaba en la densa capa de nubes bajas que cubría el cielo. El frío sabía a agujas de pino y a lluvia, y Aya se preguntó si acabaría congelándose bajo su disfraz. Pero no podía ponerse la chaqueta de la residencia y esperar que la gente no reparara en ella.

—Espero que te hayas cargado bien, Moogle. Ha llegado la hora de la caída.

La aerocámara pasó rozándole el hombro y se acurrucó contra su pecho. Del tamaño de medio balón de fútbol, estaba revestida de un plástico duro y era cálida al tacto. Cuando Aya se abrazó a ella, notó el temblor de sus pulseras atrapadas en las corrientes magnéticas de los elevadores de la aerocámara.

Cerró los ojos.

—¿Lista?

Moogle vibró en sus brazos.

Agarrándose a ella con todas sus fuerzas, Aya se arrojó al vacío.

Escaparse era mucho más fácil hoy día.

Ren Machino —el mejor amigo de su hermano mayor— había modificado a Moogle cuando Aya cumplió quince años. Ella solo le

había pedido que la hiciera lo bastante veloz para poder seguir a su aerotabla, pero Ren, como buen tecnocerebro, se tomaba muy en serio sus modificaciones. La nueva Moogle era resistente al agua y a los golpes y poseía potencia suficiente para aerotransportar a un pasajero del tamaño de Aya.

Más o menos, en cualquier caso. Abrazada a su aerocámara, Aya se sentía tan veloz como una flor de cerezo cayendo al suelo en círculos. Pero era mucho más fácil que robar un arnés de salto. Y exceptuando el inquietante momento del salto, resultaba hasta divertido.

Observó el paso raudo de las ventanas, las lóbregas habitaciones atestadas del habitual género del estado. En Akira Hall no vivía nadie famoso, solo un montón de extras ignorados que vestían diseños genéricos. Algunos alimentaegos se dedicaban a hablar a sus cámaras en la intimidad. Aquí, el rango facial medio era de seiscientos mil, desesperante y patético.

El anonimato en todo su horror.

En los tiempos de la perfección, que Aya recordaba vagamente, solo tenías que pedir ropa increíble o una aerotabla nueva y esta salía por un agujero de la pared como por encanto. Pero hoy día el agujero no te daba nada decente a menos que fueras famoso o tuvieras méritos que gastar. Y obtener méritos significaba tomar clases o realizar tareas; lo que el Comité del Buen Ciudadano dispusiera, básicamente.

Los elevadores de Moogle conectaron con la rejilla metálica enterrada en el suelo y Aya dobló las rodillas y rodó por la hierba mojada. Esta cedió como una esponja empapada, mullida pero gélida.

Soltó a Moogle y permaneció tendida en el suelo a la espera de que su corazón se tranquilizara.

—¿Estás bien?

Moggle encendió sus luces nocturnas.

—Oye... sigue siendo cegador.

Ren también había modificado el cerebro de la aerocámara. La Inteligencia Artificial seguía siendo ilegal, pero la nueva Moggle era mucho más que un simple sistema de circuitos y elevadores. Gracias a los ajustes de Ren, había aprendido los ángulos preferidos de Aya, cuándo rodar panorámicas o utilizar el zoom e incluso cómo rastrear sus ojos en busca de pistas.

Pero, por la razón que fuera, no acababa de dominar el tema de la visión nocturna.

Con los ojos cerrados, Aya aguzó el oído mientras veía desaparecer los puntos de su visión. Ni pasos, ni el zumbido de monitores. Solo el retumbo sordo de la música procedente de la residencia.

Se levantó y se sacudió la ropa. No porque alguien fuera a fijarse en sus pegotes de hierba húmeda; los bombarderos de reputaciones se vestían para pasar desapercibidos. La túnica era holgada y con capucha, el disfraz idóneo para colarse en una fiesta.

Giró una pulsera protectora y una aerotabla emergió de su escondrijo entre los arbustos. Se montó en ella y se volvió hacia las luces fulgurantes de la ciudad de Nueva Belleza.

Qué curioso que la gente siguiera llamándola así cuando la mayoría de sus residentes ya no eran bellos, por lo menos no en el sentido antiguo. Nueva Belleza estaba llena de pieles pixeladas y monos quirúrgicos y de muchas otras modas y tendencias novedosas y extrañas. Podías elegir entre un millón de modelos de belleza o rareza o incluso conservar tu rostro de nacimiento toda la vida. Hoy día se consideraba «bella» cualquier cosa que te hiciera destacar.

Pero un aspecto de la ciudad de Nueva Belleza permanecía inalterable: no debías entrar en ella si no habías cumplido los dieciséis. Por la noche, cuando empezaba lo bueno.

Y aún menos si eras una extra, una perdedora, una desconocida.

Cuando contempló la ciudad, Aya se sintió engullida por su propia invisibilidad. Cada una de esas luces centellantes representaba a una del millón de personas que jamás habían oído hablar de Aya Fuse. Y que probablemente nunca lo harían.

Suspiró e impulsó su aerotabla hacia delante.

Las fuentes del gobierno siempre estaban diciendo que la era de la perfección había terminado para siempre, que la humanidad se había liberado definitivamente de siglos de cabezas de burbuja. Aseguraban que las divisiones entre imperfectos, perfectos y oxidados habían desaparecido. En los últimos tres años, el desarrollo de multitud de nuevas tecnologías había puesto el futuro nuevamente en movimiento.

No obstante, en opinión de Aya, la lluvia mental no lo había cambiado todo...

Tener quince años seguía siendo un coñazo.

Tecnocerebros

—¿L o estás filmando? —susurró Aya. Moggle ya estaba rodando y los fuegos artificiales de seguridad se reflejaban en sus objetivos. Sobre la mansión flotaban globos aerostáticos y los juguistas se lanzaban desde las azoteas con sus arneses de salto, dando gritos. Parecía una fiesta de las de antes: desmadrada y rebosante de luz.

O por lo menos así era cómo el hermano mayor de Aya describía siempre la era de la perfección. En aquellos tiempos todos los jóvenes se sometían a una gran operación quirúrgica al cumplir los dieciséis. La intervención los convertía en personas guapas pero, en secreto, les cambiaba la personalidad, dejándoles descerebrados y fáciles de controlar.

Hiro no había sido un cabeza de burbuja durante mucho tiempo; había cumplido los dieciséis apenas unos meses antes de que la lluvia mental llegara y curara a los perfectos. Le gustaba decir que fueron unos meses atroces, como si ser superficial y vanidoso no fuera en absoluto con él. Pero reconocía que las fiestas habían sido alucinantes.

Aya no esperaba verlo allí esa noche; era demasiado famoso. Consultó su pantalla ocular: el rango facial medio en la mansión era de

veinte mil. Comparados con su hermano mayor, los invitados a esa fiesta eran unos completos extras.

Comparados con una fea con el rango facial en medio millón, eran auténticas estrellas.

—Ten mucho cuidado, Moogle —susurró—. Aquí no somos bienvenidas.

Se subió la capucha y salió de la oscuridad.

Dentro, el aire estaba lleno de aerocámaras. Había desde cámaras del tamaño de Moogle hasta enjambres de objetivos paparazzi no más grandes que el corcho de una botella de champán.

En las fiestas de tecnocerebros siempre había mucho para ver, gente pirada y juguetitos de última generación. Puede que la gente no fuera tan guapa como en los tiempos de los perfectos, pero las fiestas eran mucho más interesantes: monos quirúrgicos con dedos de serpiente y pelo de medusa; ropas de materia inteligente que ondeaban como banderas; fuegos artificiales de seguridad que se deslizaban por el suelo sorteando pies y humeando incienso.

Los tecnocerebros vivían por y para las nuevas tecnologías; les encantaba alardear de sus últimas creaciones, y a los lanzadores les encantaba ponerlos en sus fuentes. El interminable ciclo de invención y publicidad elevaba el rango facial de ambos, de modo que todos contentos.

En cualquier caso, todos los que estaban invitados.

Una aerocámara se estaba acercando a Aya lo bastante baja para poder escrutarle el rostro. Aya bajó la cabeza y se abrió paso hasta un grupo de bombarderos. Como una pandilla de monjes budistas preoxidados, los bombarderos siempre llevaban puesta la capucha en público. Ya estaban bombardeando, gritando el nombre de un

miembro de la camarilla elegido al azar para conseguir que la interfaz de la ciudad le elevara el rango facial.

Aya saludó al grupo con un gesto de cabeza y, manteniendo oculto su rostro de fea, se sumó a las voces.

El bombardeo tenía como objetivo analizar minuciosamente los algoritmos de reputación de la ciudad. ¿Cuántas veces era preciso mencionar tu nombre para que entrara en los mil primeros? ¿Cuán rápida era la caída si todo el mundo dejaba de hablar de ti? La camarilla de bombarderos era un gran experimento controlado, de ahí que todos vistieran el mismo atuendo.

Pero Aya sospechaba que a la mayoría de los bombarderos le traía sin cuidado las matemáticas. En realidad eran unos farsantes, extras patéticos que aspiraban a ser famosos a fuerza de hablar de ellos. De ese modo habían fabricado celebridades en los tiempos de los oxidados, promocionando a unos cuantos cabezas de burbuja en un puñado de fuentes e ignorando al resto.

¿Qué sentido tenía la economía de la reputación si te decían de quién debías hablar?

Pero Aya siguió vociferando como una buena bombardera mientras permanecía atenta a su pantalla ocular y observaba la fiesta a través de los objetivos de Moogle. La aerocámara sobrevolaba la multitud deteniéndose en cada rostro.

La camarilla secreta que Aya había descubierto tenía que estar allí. Solo unas tecnocerebros podrían lograr una hazaña como esa...

Las había visto tres noches antes sobre uno de esos nuevos trenes ultrarrápidos que cruzaban la zona industrial a velocidades demenciales, tan demenciales que las imágenes filmadas por Moogle habían quedado demasiado borrosas para poder utilizarlas.

Aya tenía que volver a dar con ellas. La persona que sacara a la luz la delirante proeza de viajar encima de un tren ultrarrápido se haría famosa al instante.

Pero Moogle ya estaba distraída observando a una pandilla de neogourmets que flotaba bajo una especie de nube rosa. Se la estaban bebiendo con pajitas de un metro de longitud, como astronautas tratando de recuperar el té derramado de una taza.

Los neogourmets ya no eran novedad; Hiro había lanzado un reportaje sobre ellos el mes anterior. Comían hongos ya extinguidos que brotaban de esporas prehistóricas, hacían helado con nitrógeno líquido e inyectaban sabores en materias extrañas. Ese alimento rosa que parecía un aerogel tenía la densidad de una burbuja de jabón.

Una gota pequeña se separó de la nube y pasó flotando junto a Aya, que al percibir el olor a arroz y salmón hizo una mueca de asco. Comer sustancias extrañas era, sin lugar a dudas, una excelente manera de elevar el rango facial, pero ella prefería que su sushi pesara más que el aire.

Así y todo, le gustaba estar rodeada de tecnocerebros, aunque tuviera que esconder la cara. Una gran parte de la ciudad permanecía anclada en el pasado, tratando de redescubrir el haiku, la religión y la ceremonia del té, todas las cosas que se habían perdido durante la era de la perfección, cuando todo el mundo tenía el cerebro lesionado. Pero los tecnocerebros estaban construyendo el futuro, recuperando el tiempo perdido tras tres siglos de estancamiento.

Aya se encontraba en el lugar idóneo para encontrar historias.

Algo en su pantalla ocular le hizo dar un respingo.

—¡Detente, Moogle! —bisbiseó—. Panorámica a la izquierda.

Allí, detrás de los neogourmets, viéndoles perseguir gotas descarriadas con cara divertida, había una cara conocida.

—¡Es una de ellas! ¡Plano corto!

La chica, una perfecta de belleza clásica con ojos levemente manga, aparentaba unos dieciocho. Llevaba un equipo de aeropelota y estaba flotando elegantemente a diez centímetros del suelo. Y tenía que ser famosa. Estaba rodeada por una burbuja de reputación, un séquito de amigos y admiradores, que mantenía a los extras a raya.

—Acércate para que pueda oírles —susurró Aya.

Moogle avanzó lentamente hasta la burbuja y sus micrófonos no tardaron en recoger el nombre de la chica. La pantalla ocular de Aya se inundó de datos.

Eden Maru era jugadora de aeropelota, banda izquierda, de los Swallows, campeones de la ciudad el último año. También era célebre por las modificaciones de sus elevadores.

Según todas las fuentes, Eden acababa de dejar a su novio por «diferencias de ambición», eufemismo que en realidad quería decir: «Ella se ha vuelto demasiado famosa para él». El rango facial de Eden había alcanzado el puesto diez mil después del campeonato, mientras que su novio, como quisiera que se llamara, se mantenía en el puesto doscientos cincuenta mil. Todo el mundo sabía que ella necesitaba salir con alguien cuyo rango facial se acercara más al suyo.

Pero ninguno de esos rumores mencionaba a la camarilla de Eden que viajaba sobre trenes ultrarrápidos. Debía de estar manteniendo la proeza en secreto, aguardando el momento para sacarla a la luz.

Si Aya lograra lanzar la historia antes que Eden, se haría famosa de la noche a la mañana.

—Síguela —dijo a Moogle antes de unirse de nuevo a las voces.

Media hora más tarde, Eden Maru se dirigió a la salida.

Aya se alegró de poder abandonar el grupo de bombarderos; había gritado el nombre de «Yoshio Nara» un millón de veces. Esperaba que Yoshio disfrutara del absurdo incremento de su rango facial, porque no quería volver a oír ese nombre en su vida.

A través de Moogle vio que Eden Maru estaba cruzando la puerta sola, sin séquito. Seguro que iba a encontrarse con su camarilla secreta.

—No te separes de ella, Moogle —le susurró Aya con la voz ronca. Tanto grito le había dejado la garganta seca. Una bandeja con bebidas pasó flotando por su lado—. Enseguida te alcanzo.

Cazó una copa al vuelo y se la bebió de un trago. El alcohol le produjo un escalofrío, lo último que necesitaba en esos momentos. Agarró otra copa con mucho hielo y se dirigió a la salida.

Una pandilla de pieles pixeladas cuyos cuerpos cambiaban de color como camaleones beodos se interpuso en su camino. Al escurrirse entre ellos reconoció un par de caras de las fuentes de los monos quirúrgicos. Un leve estremecimiento de reputación le recorrió el cuerpo.

Cuando llegó a la escalinata derramó el líquido entre los dedos y conservó los cubitos de hielo. Se los metió en la boca y procedió a triturarlos con los dientes. Después del ambiente sofocante de la fiesta el hielo le supo a gloria.

—Interesante cirugía —dijo alguien.

Aya se detuvo en seco... la capucha se le había caído, dejando al descubierto su cara de fea.

—Eh, gracias —farfulló, y se tragó los fríos fragmentos de hielo. La brisa le golpeó el rostro sudoroso y Aya pensó en lo poco atractivo que debía de ser su aspecto.

El chico sonrió.

—¿De dónde sacaste la idea de esa nariz?

Súbitamente muda, Aya solo alcanzó a encogerse de hombros. En su pantalla ocular podía ver a Eden Maru sobrevolando ya la ciudad, pero era incapaz de apartar los ojos del chico. Era un cabezaman: de ojos grandes y brillantes, su delicado rostro poseía una belleza que no parecía humana. Unos dedos largos y finos acariciaban su perfecta mejilla mientras la miraba fijamente.

He ahí lo más extraño: él la estaba mirando a ella.

Porque él era guapísimo, mientras que ella era fea.

—Déjame adivinar —dijo—. De un cuadro de los tiempos de los preoxidados.

—Eh... no exactamente. —Aya se tocó la nariz en tanto deglutía los últimos pedacitos de hielo—. Fue más bien... una creación espontánea.

—Claro. Es extraordinaria. —El chico se inclinó—. Frizz Mizuno.

Mientras Aya le devolvía el saludo la pantalla ocular le mostró su rango facial: 4.612. Un estremecimiento de reputación le recorrió el cuerpo al comprender que estaba hablando con alguien importante, conectado, valioso.

Estaba esperando que Aya le dijera su nombre. En cuanto lo hiciera, descubriría su rango facial y su maravillosa mirada buscaría un objetivo más interesante. Aunque a él le gustara su feo rostro, ya fuera como consecuencia de la lluvia mental, ser una extra era sencillamente patético.

Además, su nariz era demasiado grande.

Giró una pulsera protectora para convocar a su aerotabla.

—Me llamo Aya, pero ahora... debo irme.

Frizz Murino se inclinó.

—Claro. Tienes gente que ver, reputaciones que bombardear.

Aya se miró la túnica y rió.

—¿Lo dices por esto? En realidad estoy de... incógnito.

—¿De incógnito? —La sonrisa de Frizz Mizuno era deslumbrante—. Qué chica tan misteriosa.

La tabla se detuvo al pie de la escalinata. Aya empezó a bajar los escalones sin demasiada convicción. Moogle ya se encontraba a medio kilómetro de allí, siguiendo a Eden Maru en la oscuridad a toda velocidad, pero una parte de ella estaba pidiendo a gritos quedarse.

Porque Frizz seguía mirándola.

—No era mi intención parecer misteriosa —dijo—. Simplemente ha surgido así.

Frizz rió.

—Me gustaría conocer tu apellido, Aya, pero sospecho que no vas a decírmelo.

—Lo siento —dijo ella con voz chillona, subiéndose a la tabla—, pero ahora debo ir tras alguien. Se me está... escapando.

Frizz hizo otra inclinación de cabeza y su sonrisa se amplió.

—Suerte con la persecución.

Impulsándose hacia delante, Aya se adentró en la noche con la risa de Frizz resonándole en los oídos.